

255

**LA NOVELA
CORTA**

10 cts.

EL DOCTOR WOLSKI
por
Sofia Casanova



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

Sumario de obras publicadas en la novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos. 10. La copa encantada.-107. El marido de su vida.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.**Pepita Reyes.

GUIMERA.—113. María Rosa.-114 Tierra baja. 196. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse.-44. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-80. Daniel.-69. Amor de Artistas.-77. Aurora. 92. Luciano.**Juan José.

ZORRILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-48. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

VILLAESPESA.—10. El Rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.*El Halconero.**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182 Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.-Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.*La criatura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Pravia.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.*Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Ferecito.

RAMOS CARRION - VITAL AZA.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Ro-

bo en despojado.-151. El padrón municipal 110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El duo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.

ARNICHES.—La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolores.-21. La señorita de Trevezlez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ - M.—8. El verdugo de Sevilla.-34. La frescura de Lefuente Bravo.-56. Los cuatro Robin- tor y Borrego.-73. Trampa y ca-

PASO - ABATI.—13. El gran tacaño.-116. La Divina.*El infierno.* Los Perros de raíso.-*La mar salada.*La Dios.*El asombro de Damas pido.-*El velón de Lucena.- Sierra.*La alegría del vivir.

PERRIN-PALACIOS.—Faraón.-80. La manta zamo Giménez.-89. La Generala.-9 do.-109. El Húsar de la Gua ñanza libre.*Cinematógrafo tamen Nacional.-194. Cuadros La tierra del Sol.-*Las m Juan.-146. El País de las Hada-

TORRES DEL ALAMO.—22. Serafina la Rubiales.-61. fetin.-165. La boda de Cayeta te de Salustiano.-161. Los pe Trini.-Charito la Samaritana

PARADAS - JIMENEZ.—rra.-168. Las Corsarias.-174. L El nido del principal.-189. La c gros.-198. La Canastilla.-185. E 204. La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3 El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31 El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100 Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio.-126. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.-153. La Ciclón.-156. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnard.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-133. Tocino del cielo.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás.-144. Blasco Jimeno.-152. Don Francisco de Quevedo.-164. El Ladrón.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino del «nene».-96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón.-162. Pancho Virodo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Lavina.-192. Los amantes de Teruel.*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.-190. El duelo.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?.-202. La canción del olvido.-203. La historia del Don Juan Tenorio.

Número atrasado 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

LIBRERIA ANTICUARIA

M. de Gastaña, 13
33009 - OVIEDO
Teléfono: (98) 521 28 38

MPD|Dep 53

EL DOCTOR WOLSKI

NOVELA

SOFIA CASANOVA

Entre los contados edificios de piedra que se ven en Kazán, la más rica ciudad del Volga, donde la civilización entra lentísimamente, como medrosa de librar batalla con los mahometanos que la habitan y con las legiones de rusos semibárbaros allí nacidos, descuella el gran edificio de la Universidad por su blancura, que corta en lo alto el color verde de la techumbre y por las columnas que a modo de puntales enormes extiéndense á lo largo de la fachada principal.

Bajo los soportales, se agrupaban en una tarde de Enero los numerosos estudiantes que salían de la Universidad, y como si no sintieran el frío—un frío aterrador de treinta grados Réamur—deteníanse al aire libre echando una ojeada a las señoras. En uno de los grupos hablaban así algunos estudiantes:

—Confesemos, colegas, que la ceremonia es imponente y que nuestro compañero ha estado muy bien.

—Ese rinoceronte de nuestro decano hizo la presentación sin desarrugar el entrecejo; pero no le salió la cuenta, porque el chico habló y contestó perfectamente las preguntas de los profesores.

—Mira tú que tener á un hombre siete horas de pie ante un público que va a divertirse con el pugilato que los oponentes y el estudiante entablan, éste defendiendo su obra, y aquéllos haciéndola pedazos, es cosa inicua.

—Y eso de que, no sólo los profesores de la facultad a la cual pertenece el estudiante, sino todos los de las otras, tengan el derecho de criticarle y hacerle desesperar, es absurdo.

—Mira que los veterinarios terciando en la polémica han estado chistosos. Nuestro compañero habla del hombre, y aquéllos le preguntan ¡por el burro! Mal parada queda de esta vez la facultad en que te haces sabio, Nicolai Alexandrowich.

—Ya lo sé, aunque hace poco que vivo entre vosotros. Cuando me expulsaron de la Universidad de Varsovia, vi en Alemania y en Suiza doctorarse a muchos jóvenes, y sé que en ninguna Universidad es tan difícil llegar a tener ese título como en Rusia.

—Nos quieren ignorantes para que seamos débiles.

—Es verdad, es verdad; pero contra todos, Enrique Wolski ha ganado su título, y llegará a ser una eminencia médica porque tiene talento, fuerza de voluntad y un entusiasmo, que de ser empleado en nuestra bendita causa...

—Verdad. Por el momento os diré que son las siete, y que he dado con una pastelería donde se hacen por cinco kopekas los mejores *piroshki* de Rusia con repollo agrio...

—Sí—le interrumpió uno con guasa—*piroshki* de repollo agrio y tripas de pescado podrido. Buen provecho, camarada.

—Santa comida, te lo aseguro. ¿No venís? Sin duda vais a saborear el aromático te que ha pasado, antes que por vuestras teteras, por la boca del Emperador de la China, que gusta de mascararlo y luego lo escupe; el cual te, recogido por sus mandarines, pasa a Londres, y de allí entra en la corte de nuestro padre el Czar, y al fin en sus reinos...

—Ved, ya sale Enrique Wolski, y los que más han impugnado sus teorías le rodean, y el Decano le habla con amabilidad. Naturalmente, ahora que ya ascendió y está a la altura de esos excelentísimos señores, lo conquistarán para que, como ellos, haga la campaña en contra de la juventud que se emancipa.

—¡Ah! os engañáis, señores del claustro; ¡Enrique Wolski tiene demasiado talento para querer seguirlos!

—¡Y es polaco además!

Detúvose el trineo que llevaba al doctor Wolski, después de subir la empinadísima cuesta que conduce a lo alto de la ciudad, en una casa de madera, de un

solo piso, y por cuyas ventanas salía, a través de finos cortinajes, un suave resplandor que dibujaba en la nieve de la calle cuadrados de amarillenta luz.

Apenas había traspasado el umbral de la habitación cuando una joven salió a su encuentro diciéndole, en idioma polaco:—¡Ante todo mi parabién, Enrique!

—¡Oh! gracias, mi Margarita;—y se inclinó cariñosamente. Mirándola, dejóse que le quitara la sirvienta el abrigo, con aquélla se dirigió a la sala y entraron en el comedor, donde una señora de edad, gruesa, coloradita y de bondadoso aspecto, soltó la labor que tenía entre las manos, irguióse, y en polaco también, así contestó al saludo:—Dios guarde a usted, mi buen doctor Wolski, y le dé la ciencia de curar a cuantos le necesiten.

El doctor acercóse a la señora, le besó la mano, y ella besó a su vez al joven en la frente. —Y al fin no te decidiste a ir a verme, como me habías prometido.

—Al contrario, he ido a la Universidad, he atravesado aquel laberinto de aulas y corredores, y cuando llegué a la puerta de la sala, atestada de gente, te oí, me detuve y se me ocurrió una tontería. Figúrate que pensé que mi presencia podría disraerte, y no me atreví a entrar. Desde la puerta he oído toda la discusión, terminada la cual he corrido a casa. Hace un momento que he llegado.

—¡Miedosa! ¡A quién se le ocurre quedarse en la puerta! ¡Me hubiera gustado tenerte cerca de mí, poder mirarte! De ese modo no me hubiera parecido tan larga y tan fatigosa esa sesión. En fin, ya he terminado, y ahora a los hospitales solamente.

—¿Y partirás para el extranjero? —dijo tímidamente la joven.

—Así me lo ha prometido el Decano.

—¿Y porqué tiene usted tal empeño en hacer ese viaje?—preguntó la anciana.

—Porque aquí no puedo trabajar e instruirme como deseo. Cada estudiante, al salir de las aulas, si tiene la convicción de que es deficiente el programa oficial de sus estudios, quiere ampliarlos y encauzar sus ideas, que, como sus cuadernos de notas, andan embrolladas.

Hace diez años, como usted sabe, que, de vuelta del largo destierro de Siberia, mis padres tuvieron que instalarse en la cercana aldea de Orloff, donde viven, sin que les sea permitido volver a Polonia; aquí sembraré la primera semilla de mis conocimientos, porque yo no quiero abandonar a mis padres, y aunque ansío volar a mi patria querida, trabajaré desde aquí para ella... Verdad que es tierra rusa...

—¡Oh, Enrique, pero hay aquí tantos seres que sufren! El dolor no tiene nacionalidad.

—Dices bien, Mara mía, y aquí viviremos. Yo trabajaré y haré de mis hijos los hombres que quizás salvarán a nuestra Polonia.

—Sí, sí, viva usted de ilusiones. Hace sesenta años que oigo esa frasecita y los redentores no llegan. Nunca volveremos a ser libres.

—No diga usted eso—exclamó con energía Mara.—Lo seremos sin duda.

—Ya sabe usted que perdí mi fortuna en la revolución del 63 y que he tenido desde entonces que ganar el pan siendo institutriz, cosa que no me pesa porque Dios me ha deparado la suerte de vivir con esta angelical Mara. Perdí a mis hijos en la revolución, y en Lituania no han olvidado aún mi patriotismo, lo cual no impide que yo no pueda aguantar las intransigencias de mis compatriotas, que por encontrar todo malo en Rusia, hasta dicen que no es apetitoso el riquísimo *pirog* de cebolla, revuelto con leche agria.

Y lo que es Kazan, aunque es una ciudad así, vamos, poco civilizada y muy fría, sin embargo no se vive aquí peor que en otros sitios. La carne es baratísima.

—Ya lo creo, a seis kopekas la libra de las reses muertas el año pasado y conservadas entre la nieve, y a dos o tres la carne antediluviana.

—¡Qué exageración! Además de los *piroshki*, el *shchi* es una sopa muy apetecible, y el *kwas* muy refrescante, y el *kumys*...

—¡Jesús! ¿También encuentra usted buena esa bebida?

—Te diré, te diré, querida Mara. El *kumys*, que no es otra cosa que leche fermentada, de yegua, no tiene un gusto demasiado agradable los primeros días que se toma. Pero luego, cuando se acostumbra el paladar se bebe hasta con encanto.

—Convenido, señora, convenido. Oye, Mara, me es tan penosa la idea de de-

jarte, que no sé si tendré la fuerza de partir ¿Qué dirías si yo te propusiera que nos uniéramos ahora y que partiéramos juntos?

—¡Jesús que disparate!—repuso bruscamente la institutriz. Eso es imposible; ¿cómo quiere usted llevar a esta criatura en trineo hasta Nizni Nowgorod, con un frío de 30 grados? ¿Y qué haría la pobre de hotel en hotel, siempre sola, mientras usted pasara su tiempo en los hospitales, aprendiendo todas esas cosas que quiere estudiar?

—Usted exagera—dijo sonriendo la joven—y no son los inconvenientes que cita los que me hacen rechazar el proyecto de ¡Un viaje en *kibítka* por el Wolga! ¡Bah! Enrique. Otras personas viajan así, y nada les ocurre. Lo peor sería—continuó volviendo hacia su amado sus hermosos ojos llenos de ternura—que coartaría tu libertad en ese tiempo en el que toda independencia es poca.

Con tan dulce resignación en la sonrisa y tan profunda ternura en la mirada, dijo la joven estas frases, que su novio con agradecimiento la miró extasiado.

—Os aseguro, hijos míos, que el mejor tiempo de la vida es el tiempo en que se espera la felicidad.

—Yo lo cambiaría gustoso por los días en que la tendré junto a mí para siempre. ¿Y tú, Mara?—preguntó en voz baja el doctor a la joven.

Ésta miró sonriendo a su prometido e inclinó la cabeza afirmativamente.

Era el polaco un hombre comó de veinticinco años; de elevada estatura y sana conformación.

Era un hermoso tipo de hombre eslavo, no empequeñecido con los refinamientos de la moda varsoviana, y no desfigurado con los atavíos que, sobre todo en el Norte, los hombres de estudios emplean, sin preocuparse de la estética personal.

Los jóvenes se engolfaron en una conversación amorosa y alegre, en la que cada frase era una esperanza risueña, y la labor de encajes que Mara tenía cayó de sus manos al suelo, y del libro que hojeaba Wolski rasgáronse las hojas al ser cerrado descuidadamente.

En una habitación espaciosa, dividida en dos por una arcada, cuyos cortinones abiertos descubrían un lecho estrechísimo de madera veíanse los muebles en desorden y un baúl abierto, que contenía cuidadosamente dobladas ropas de hombre, varios paquetes y libros. Abrióse la puerta y entró un joven; dejó sobre una silla su capote y su gorra, y al reparar que no había nadie, se fué junto a una ventana; cruzó las manos atrás, y apoyado en la vidriera, fijó su mirada hacia la calle.

Observando atentamente a aquel hombre, advertíase en él, además del cansancio, la originalidad y la tristeza que reflejaba su fisonomía, un algo más indefinible por sutil que era antipático.

Casi de noche, entró en la sala el doctor Wolski. Adelantóse para recibirlo el estudiante, saludáronse con un fuerte apretón de manos, y dijo el doctor:

—¿Hace mucho que me esperas, Iwan Iwanowich?

—¿Mucho? ¿Qué sé yo? Una hora quizás, o cinco minutos; no me doy cuenta del tiempo si estoy preocupado.

—¿Y cual era tu preocupación?

—Tu marcha.

—¿De veras? Déjame que te mire a la cara para ver si dices esto con tu perpetua sonrisa irónica. No te creo hombre capaz de sentir ni amistad ni amor. El escepticismo ha helado tu alma.

—Ca, hombre; el escepticismo no puede helar lo que no existe; en el alma creen ya solamente los tontos.

—Pero ¡qué extraño eres, Iwan Iwanowich!

—Extraño no; lo que hay es que soy enteramente distinto de ti, y acaso por eso te quiero y somos amigos.

—Yo también te quiero, aunque las amistades entre polacos y rusos son raras y acaban de mala manera.

Al rayar el día salgo para el extranjero; estoy triste; dejo a Mara, y no quisiera separarme de ti sin que me permitieras decirte por última vez cariñosas amonestaciones. Arranca, arroja de ti esas malditas y aniquiladoras convicciones que te hacen inútil, reniando inteligencia, y desgraciado cuando pudieras ser feliz. Eres pobre, dando lecciones a los niños de las escuelas, ganas los míseros quince ó

veinte rublos conque vives y pagas tus matrículas; hace doce años frecuentas las aulas de la Universidad, y comienzas a estudiar muchas carreras sin que termines ninguna. Vives de te y pan negro, te cubres con un capote raído, pasas en fin las mayores privaciones sin que te preocupes de mejorar tu situación. ¿Porqué no tratas de vencer ese inquieto espíritu que no sabe dirigirse?

—No he pedido venir al mundo, me hallo aquí por una serie de causas fisiológicas que tú conoces bien, y como tengo la facultad del raciocinio, hallo que el hombre es un detalle en el gran conjunto del universo, un ser que se desarrolla mal, en un medio que le es desfavorable. ¿Que el hombre tiene deberes que cumplir? Puede ser... ¿qué sé yo? Eso depende de sus aptitudes y de sus inclinaciones. En cuanto a gozar... ¿De qué puede gozar el hombre si todo lo que ofrece la vida acaba? Es mezquino el placer que termina.

—Son falsos tus razonamientos, amigo mío; la energía del hombre, más que el punto de apoyo que pedía Arquímedes, puede transformar el mundo. El hombre a todo llega y todo lo alcanza cuando la voluntad y la ciencia le guían.

—Ya se ve que eres polaco. En la historia de tu país son frecuentes esos alarides de voluntad: allí un hombre con un *veto* hacía y deshacía a su antojo las asambleas y las leyes. Tus buenos antepasados luchaban con hombres; pero no son éstos, con ser muy malos, los peores enemigos.

—Déjate de exageraciones que a nada conducen, y cuenta y suma los adelantos que la humanidad realiza de siglo en siglo en el laboratorio, en la clínica, en las ciencias teóricas y en las prácticas, en todos los terrenos, en fin, a los que el hombre lleva su actividad y su energía, y verás que las mil victorias logradas son la prueba irrefutable de que en un siglo, o en dos, o en cincuenta años, que aquí el tiempo es lo de menos, los secretos que aun guarda la naturaleza nos serán revelados como los demás. El hombre entonces prolongará su vida, evitará el dolor, podrá comunicarse con los mundos de que hoy está separado, y lo que será mejor todavía, no habrá seres que como tú injurien a la naturaleza que es la mejor aliada del hombre.

—Tienes fogosidad de meridional, y con ella puedes hacerte aplaudir por los incautos; a mí tus hipótesis, ni me convencen ni me consuelan.

—¿Cuánto tiempo piensas pasar en el extranjero?

—Voy pensionado por dos años, luego me instalaré aquí hasta que pueda volver a mi patria en las condiciones que deseo. Voy a casarme con la única mujer que he querido, con la única que por su carácter y por su instrucción me conviene y me encanta y realizaré el sueño de mi existencia formando un hogar higiénico, digno de la familia. Tendré hijos, los cuidaré desde antes de que nazcan, desarrollaré sus fuerzas físicas y morales en el medio adecuado al hombre, que no es el del capricho y la rutina, sino el que nos indican la razón y la ciencia. Mis hijos serán inteligentes y sanos, servirán a mi oprimida patria, y los hijos de ellos continuarán mi obra de regeneración.

—¿Es decir que piensas fomentar y mejorar la cría de nuestra especie como se fomenta y se mejora la cría caballar, siguiendo los consejos de Comte? Aceptada la idea de la propagación, eso del mejoramiento no es malo; pero tengo para mí que, propagar la especie humana, es el mayor de los crímenes.

—¡Que horror!—dijo sonriéndose el polaco;—eres un monstruo de abominable pesimismo. Ea, mi querido Iwan, déjate de esas trasnochadas ideas aniquiladoras, que harían reír hasta a tus camaradas, los de la secta de la destrucción; termina una carrera, sé útil a tus semejantes y deja que la naturaleza juegue contigo como supones, en tanto que tú la vences. En un saloncito contigo el salón principal, junto a la ventana que daba al jardín, se hallaba Margarita.

Mara hojeaba unos cuadernos de notas e interrumpíase a menudo para mirar distraídamente el jardín, que el Jeshiolo convertía en un lodazal.

Un soplo de viento frío penetró en el cuarto arremolinando los periódicos puestos sobre la mesa, y en el mismo punto entró doña María, acercóse a la ⁴ ventana y cerrándola, dijo:—¡Buen modo de esperar la llegada del prometido, exponiéndose a una enfermedad!

Mara acercóse a la institutriz, y aciéndola las manos, se las besó, diciendo:—¡Oh, no me riña usted, hoy que estoy tan contenta! Mañana estará aquí con

nosotros, ¡mañana! y es tal la impaciencia que siento, que no sé cómo he de pasar estas veinticuatro horas. ¿Sabe usted que me ocurre una cosa extraña? Ahora que el momento de mi boda está tan cercano, me preocupan las responsabilidades que voy a contraer, y tengo miedo. Enrique es un hombre superior; su vida tiene una noble misión que cumplir. ¿Podré ayudarle? ¿No me encontrará inferior?

—¡Qué bobada! Tú seras el ángel tutelar de ese hogarcito tan higiénico, tan confortable y tan polaco como Enrique lo sueña.

—Usted, que vive conmigo desde mi infancia, que ha sido para mí como una segunda madre, me ayudará.

—Dios te bendiga, Mara mía, por el cariño que me demuestras. Tenías ocho años solamente cuando te tomé a mi cuidado; han pasado doce ya, y aun me parece que te estoy viendo tan seriecilla y tan mona vestidita de luto.

—Sí, de luto por mi madre amada. Hace más de once años que la perdí, y ni un solo día su imagen resignada y bondadosa se aparta de mi corazón.

Mara guardó silencio y luego dijo:—¡No será alegre mi coral!

—¡Cómo que no será alegre, si vamos a tener un festín! Nada de etiqueta ni lujos, pero estarán los pocos amigos que tenemos; tu tutor...

—¿Mi tutor? ¿Cree usted que dejará su retiro para estar un rato entre la gente?

—Creo que ha recibido grandes desengaños en la vida, que ha sufrido mucho. Te acompañarán los padres de Enrique y sus hermanos.

—Y yo no tengo ni padres, ni hermanos que me acompañen,

—¡Pobrecita mía! No te me pongas triste. Tus padres y tus hermanos mejor están que nosotros. Descansan en el seno de Dios.—Y queriendo distraerla de sus ideas tristes, dijo sonriéndose:

—¿Conque mañana llega Enrique? ¿Estás segura?

—Segurísima. Mire usted su última carta.

«Cuando recibas estas líneas, mi adorada, ya me separaré de ti solamente el Wolga, y un día después llegaré a Kazán y correré a verte. ¡A verte. Mara mía, después de dos años de ausencia! ¿Concibes tú la felicidad que esta esperanza comunica a mi alma, a mi ser todo? ¡Oh, Mara mía, qué hermoso se presenta a mis ojos nuestro porvenir! ¡Qué alegre será nuestro hogar! ¡Qué venturosos serán nuestros hijos! Perdona, perdona, mi amada única, si soy atrevido hablándote así, como en nuestra Polonia no hablan los novios. Permite a mi pasión que te diga bajo, al oído, íntima y confiadamente, mis deseos y mis ilusiones. ¡Nuestros hijos! Tú no sabes con qué ardiente afán estudié pensando en ellos y en tí, y con qué ardiente afán los espero. Serán polacos, Mara mía, polacos y para que sirvan a nuestra Polonia les daremos la salud, la instrucción y la fuerza de voluntad necesarias a los hombres, que tienen el santo fin de ayudar a la salvación de su patria. Supongo que ya estarás curada del resfriadillo de que me hablabas en tu última, pero si no, te ruego y te encargo que no salgas a esperarme; espérame en tu cuartito y no te expongas saliendo a la calle a los cambios bruscos de temperatura. De nuestra salud depende la de nuestros hijos, y nuestra felicidad. Ya te escribí la impresión aterradora que me produjeron las salas de los hospitales de la infancia de Londres, Berlín, París y San Petersburgo. La herencia morbosa hacina allí cientos de cuerpecillos que se arrastran goteando pus por los abiertos tumores; cuerpos que devoran los tubérculos, que manchan con sus horribles costras las vegetaciones de la piel que disloca la convulsión o inmoviliza la parálisis. Hay que atajar el mal en su origen, haciendo entender a todas las clases sociales, *que es el mayor de los crímenes dar la vida en condiciones perjudiciales al nuevo ser*. Ya sabes que en el Congreso de higienistas de Berlín mis ideas fueron en principio aprobadas y mi proposición de que se considere *como ilegal y atentatorio a los derechos del hombre* toda unión entre enfermos o parientes, aquí desoída, en otro sitio aceptada, correrá el mundo entre silbidos o aplausos, lo cual es indiferente, pero dejando en todas partes la semilla del bien que fructifica. La casa de los Dominieff, de la cual me hablas con entusiasmo, me parece bonita, pero si no tiene las condiciones higiénicas imprescindibles, habrá que dejarla. ¿Recuerdas esas condiciones? Primero, ni una sola ventana al Norte; segundo, un gran jardín; tercero, agua en la casa. Me figuro lo contenta que estará mi buena doña María al ver terminada la obra de romanos que tiene la bon

dad de destinarme. Dile que le llevo un presente que será muy de su agrado por lo dulce del contenido. A tí... también a tí te llevo mil monaditas. Beso tu frente apasionado. ¡Ah! Perdóname esta frase, que es como el aleteo de mi adoración por tí, Mara mía, mi esposa.—ENRIQUE.»

Mara, al terminar la lectura, volvió la cabeza, mirando sonrosada y risueña a la institutriz. Ésta besó a la joven y la dijo con dulce acento, en el que se traslucía el reproche:

—Los novios de mi tiempo no hablaban con tanta libertad a sus prometidas.

* *

Junto al biombo de mimbres con cortinillas de seda cruda, que ocultaba el lecho de Mara puesto en su cuarto de estudio, estaba de pie doña María, las manos abandonadas a lo largo del cuerpo, el rostro fatigado y triste. Tenía fijos los ojos en el doctor Wolski, el cual, sentado ante un velador con los codos en él apoyados y la cabeza en las manos hundida, hacía largo tiempo que estaba inmóvil. Oyóse ese crujido especial que produce una persona al cambiarse de postura en la cama, siguiólo una débil queja y doña María, acercándose al lecho, preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, mucho mejor. ¿Ha vuelto Enrique?

—Aquí estoy, Mara.

—¡Ah! que bueno eres en venir a ver tantas veces a tu enfermita. Haz el favor de doblar el biombo para que pueda darte las buenas noches viéndote la cara.

Al pronunciar estas frases con jovial acento, la joven extendió una mano a su novio. El la estrechó entre las suyas, la besó tiernamente y miró con fijeza a Mara, que le sonreía con apasionada dulzura.

—Mara mía, yo me retiro.

—Qué pronto te vas hoy, Enrique.

—Tengo que hacer.

—¡Ah, sí! Recuerdo haber oído que te citó para esta hora el médico que vino por la tarde. ¿Vais a uniros en contra mía para que me reconozcan de nuevo y me receten yo no sé cuantos potingues?

Alejóse Enrique, y en tanto que la señora arropaba nuevamente a la joven, ésta decía con acento mimoso:

—Vale la pena de estar enferma para ser cuidada por usted y mi Enrique.

Doña María la besó, hizo con el dedo señal de que se callara y sealejó.

* *

Dos horas más tarde, en el despacho de la casa que enfrente de la de su novia ocupaba Wolski, veíase a éste desplomado en un sillón, la cabeza hundida en el pecho, y en sus desencajadas facciones esa palidez azulada común a los cadáveres; frente del doctor, de pie, con una mano en la espalda, y la otra en la ancha mesa de trabajo, su amigo Iwan Iwanowich tenía fijos en él los ojos.

Tras largo silencio, el doctor pasándose las manos por la frente y levantándose con el movimiento rápido propio de la excitación que sigue al desfallecimiento en los trágicos momentos de la vida, gritó:

—¡Oh, esto no puede ser! ¡Esto es una pesadilla horrible!

—¡Horrible! Eso depende de la manera de ver las cosas. Mira, desenmaraña tus ideas, y habla sin exclamaciones. Dices que al llegar tú hace dos días, encontraste a tu novia muy desmejorada, que ayer tuvo que acostarse con una gran fiebre, que hoy has hecho que la visite el especialista Lwoff, el cual, después de un escrupuloso reconocimiento, te citó para su casa de donde vienes, y en donde te afirmé...

—¡Tísica, sí, tísica! ¡Oh! ¡eso no puede ser, eso es absurdo, imposible!

—¿Porqué ha de ser imposible que tu novia esté tísica de remate? En el alegre programa de tu vida no habías contado con lo imprevisto, y lo imprevisto te sale al paso para tomar parte en la fiesta. Decíamos que tu novia está tísica...

—¡Oh! Eso afirma el imbécil Lwoff, pero es falso, es falso—repetía el polaco, trémulo de desesperación.

—Si la protesta fuera un remedio contra el mal... Vamos por partes: tu novia tiene tubérculos y la consunción es irremediable ¿verdad? ¿Te parece horrible que ella se muera antes que tú? ¿Quién te asegura que no te morirás tú antes que ella? ¿Te asusta quizás la perspectiva de que su tos te quite el sueño? Pues colocas tu

cama en otro cuarto y dormirás tranquilo. Todo se reduce a tener una mujercita más fastidiosa que la generalidad, algo más casera y a la que, preservándola del frío, del calor, de las agitaciones, de las emociones violentas y de los coloquios amorosos, puede compartir contigo la vida algunos años.

Wolski miró al estudiante con la extraviada mirada del demente, y dijo con apagada voz:—Mara morirá al ser madre.

—Tienes pocas probabilidades de que lo sea, porque ya sabes que el organismo en consunción, o no concibe, o concibe defectuosamente y expulsa al nuevo organismo, que no puede nutrir.

—¡Y yo no tendré hijos!

—¿Porqué no? En contra de ese argumento está este otro. Los tísicos y los débiles se reproducen fatalmente; ¡la Naturaleza es muy sabia! Si no los tuvieras... ¡Ah! chico, perdona; había olvidado que en esos seres que aun no existen, fundas tus mas bellas esperanzas; que de ellos depende, o poco menos, la regeneración de la humanidad y la independencia de Polonia y... Tranquilízate... puedes tener hijos también.

—Mis hijos nacerían tuberculosos, yo cometería el crimen que condeno, mi hogar sería un hogar maldito, nuevo foco de contagio y de propagación de una enfermedad espantosa, y ellos tendrían el derecho de maldecirme y escarnecerme por haberles dado la vida. ¡Yo sembrar el mal, cuando estoy dispuesto a dar mi existencia toda por exterminarlo! ¡Yo sembrar el mal!

Aquí el doctor dejó caer sobre una silla, llevó ambas manos a su cabeza y guardó silencio, como si lo extremo de su pesar lo enmudeciera y le abrumara.

—¿Y tu archipoderosa y archivencedora voluntad, camarada?

—Guió la cabeza el polaco, como si volviera de un sueño, y respondió:

—No está tísica, no puede estarlo;—gritó con rabia el doctor.

—Pero, y si lo está, ¿que haces?

—Si lo está... si lo está... intentaré su cura.

—¿Y si su enfermedad es hereditaria?

—Toda esperanza está perdida.

—Y cuando pierdas toda esperanza ¿qué harás?

—No sé, no sé ¡Dios mío! si tendré valor...

—¿Tanto valor se necesita para casarse con la mujer que se ama?

—¡Casarse con la mujer que se ama! ¡Oh! Necesitaré todo mi valor y toda fuerza de mi voluntad para sacrificarme y perderla.

En la lívida y angulosa cara del ruso se reflejó una sorpresa amarga. Tornó a reírse con aquella risa irritante y punzadora como sus frases, y añadió con asombro mal disimulado:

—¡Ah! ¿Sí? Pues la cuestión varía de aspecto. ¿Es decir, que tú ante la fuerza del enemigo, te bates en retirada? ¡Huyes! Huir no es vencer.

—¿Que no? ¿Y sabes tú cómo quiero yo a Mara? ¿Sabes hasta que punto su inteligencia, su hermosura, su instrucción, su carácter, el amor que por mí siente, halagan y seducen todo mi ser? No; tú no puedes sospecharlo siquiera. ¡Separarme de Mara!... Imposible, imposible. ¡Yo que la adoro, separarme de ella! ¡yo, sin familia, sin hogar, no verla nunca, perderla para siempre!

—¡Insensato!—gritó con exaltación el ruso.—Merece ser condenado a morirse de hambre, quien como tú, sintiéndose hambriento, no come el pedazo de pan que cae en sus manos. ¡Qué estúpidos miramientos pueden obligarte a dejar a Mara, queriéndola como dices! ¿Qué se muere en tus brazos? Pues se morirá también fuera de ellos. ¿Que no tienes hijos? ¡Extraviado! ¡Y cómo puede halagarte la idea de tenerlos! ¿Que te nacen tuberculosos o deformes? Estás exento de toda responsabilidad, porque no eres culpable. Fundar una familia es dar nueva carne que roer al dolor, y ese deseo tuyo es despreciable. ¿Amas a Mara? Pues cástate con ella, goza mientras viva, entiérrala cuando muera, y si tienes hijos críalos, y si no los tienes mejor. Eres un egoísta, aunque pareces solo un desdichado, y eres un cobarde que, por salvar íntegra una *idea*, dejas detrás de ti moribunda y abandonada a una infeliz criatura que te adora y te espera.

Dirigióse el ruso a la puerta, la abrió y echándose el raído capote sobre los

hombros, añadió mirando a su amigo:—Hasta la vista, y no te apures por esas bromas de tu gran aliada la Naturaleza.

* *

Dos días después, Mara y su institutriz estaban reunidas en el cuarto de la primera. La joven hallábase recostada sobre almohadones; había enflaquecido, su cara parecía de cera, pero el encendido color de sus mejillas, fatídico signo de esa enfermedad que se apodera traidoramente del organismo, pudiera tomarse por el fresco sonrosado de la salud. El señor Winski era hombre poco simpático, brusco, y visitaba a su pupila muy de tarde en tarde. Era viudo; tenía cerca de sesenta años. Vivía en una casucha destartada en las afueras de la ciudad; y aunque todos le tenían por hombre de dinero, su existencia oscura y miserable hacía comprender lo contrario. Era profesor de Fisiología en la imperial Universidad de Kazán; polaco, pero sus compañeros le tenían por rusófilo, y los rusos nunca le aceptaron como verdadero compatriota: es más: los polacos decían que estaba vendido a los rusos, y éstos aseguraban que era sospechoso.

Al entrar en el cuarto de Mara, y al ver el grupo que formaban la joven y la institutriz, aquélla llorando sobre el pecho de ésta, exclamó con enojo:

—¡Eh! ¿Qué es eso, Mara, te has puesto peor? Pues me retiro, porque nada puedo hacer aquí. Ni me gusta ver lágrimas, ni sé consolar a los que las vierten.

Volvióse a él la institutriz diciéndole:

—No, señor, no. Mara sigue bien; pero esa carta que ahora ha llegado nos ha sorprendido de tal modo... es tan raro lo que ocurre... ¡Dios mío!

Ella le señaló con expresión dolorida una carta abierta sobre el velador. Cogióla el catedrático, la leyó y dijo impasible:

—¿Qué hay en todo esto de extraordinario? Tu novio te anuncia en estilo algo confuso que va a pasar algún tiempo con su madre, que te quiere; y tú, por que se va, te desconsuelas de ese modo? ¡Eh, tontona!

—Pero ¿no sabe usted que estaba la boda fijada para dentro de quince días—siguió la anciana—y que al ausentarse Enrique de esa manera, sin más explicaciones, después del cambio que en él hemos advertido en estos tres últimos días, es prueba de que algo extraño le ocurre?

—Hija—respondió el señor Winski con el acento de quien quiere evitar lamentaciones que le molestan—yo no encuentro nada de particular, en que tu novio vaya al campo a pasar dos semanas con su madre. Escríbele que vuelva pronto, y cálmate; no estás tú para esas agitaciones. ¿Sabes lo que te convendría según me dijo ayer tu médico? Pues dejarte de noviazgos y bodas y tomar el camino de Crimea.

Mara, abriendo mucho los ojos, pestañeó como si un rayo de luz repentina le hiriera en ellos, y balbuceó:—¿Qué? ¡A Crimea! ¿Y usted me aconseja ese viaje?

—¿Yo? ¡Dios me libre de aconsejar! No me meto nunca en los asuntos de nadie, y rechazo a quien pide mi parecer respecto de cualquier cuestión.

Ahora, en cuanto a ir a Crimea, tú harás lo que gustes. Yo no te aconsejo, pero supongo que te convendría pasar allí una temporada. El clima aquel es apacible como el de la isla de la Madera.

La joven, que mientras hablaba su tutor, ansiosa y anhelante le oía, murmuró con voz apenas perceptible:—A la isla de la Madera mandan a los tísicos.

—Sí, y a los enfermos del pulmón.

—¿Y a Crimea?

—Pues lo mismo. A los que tienen delicado el pecho les conviene aquel clima.

—Pues si tengo que ir a Crimea, que es la isla de la Madera rusa, estaré tísica.

—¡Dios mío! ¿qué dices, Mara?—zollozó abrazándose a la joven la institutriz.

—¿Tísica? ¡Eh! qué sé yo a lo que los médicos llaman tisis. Antes conocíamos una sola tisis, ahora hay un millón y hasta los conejos la padecen. Tú siempre has sido delicadilla, Mara, y ahora creo que tienes atacado uno de los pulmones.

Doña María al oír esto, irguióse, y con mal contenido arrebato exclamó:

—Mentira, mentira. Los médicos son unos ignorantes.

Así hablando, doña María besaba con transporte a la enferma.

Las luminosas pupilas de Mara brillaron con una expresión que tenía algo de infinitamente tranquilo y murmuró como hablando consigo misma:

—Bien sabía yo que no había dejado de amarme. ¡Oh, Enrique mío! Ya conozco la causa de tu tristeza; ya sé...

Winski saludó a su pupila, esforzándose por ser menos brusco e indiferente, y salió del cuarto seguido de la institutriz.

—¿Pero qué ha hecho usted?

Volvióse el viejo y respondió con descortés viveza.

—Nada; ¿qué había de hacer? He repetido lo que anoche me dijo Lwoff, ni más ni menos. ¿Es algún crimen decir que esa pobre niña está muy mal, y que...

—Eso no es cierto; Mara no tiene enfermedad de cuidado, ese médico que no sabe lo que se dice. Yo iré a verle y le haré que me explique...

—Señora mía, usted hará lo que guste, y yo insisto en creer que el médico tiene razón y que ese viaje es necesario. Recuerdo perfectamente que así empezó su madre, con resfriadillos y fiebres, y poco después se fué al otro mundo, echando toda la sangre de su cuerpo por la boca.

—¡Pobre madre mía!—gimió Mara desde el salón al oír las trases de Winski. Impulsada por la curiosidad de saber lo que se decían aún su tutor y la institutriz, abandonó Mara su cuarto. Winski, al verla, vaciló entre acercarse o irse; decidióse a esto último un gesto de doña María, y se dirigió a la puerta precipitadamente, como si temiera ser llamado.

Dos días más tarde se paseaba por su despacho, como león preso, el doctor Wolski. Su amigo Iwan, con sonrisa burlona y más que burlona indescifrable, miraba al médico que, lívido y convulso, oprimía entre sus manos una carta.

—No doy un cuarto por tu cabeza, querido doctor Wolski. Anteayer, desalentado, furioso, te encaminas a casa de tus padres huyendo de Mara; a mitad de camino, no sé qué ráfaga de huracán te hace volver al puerto, y héte aquí llegado en este instante, después de haber recorrido en treinta horas, sin comer, ni descansar y maltrecho, más de cincuenta leguas en coche.

El médico, como si no oyera lo que le decía su amigo, empezó a hablar solo. Su patriotismo, su ideal de crearse una familia, sus ilusiones, sus hermosas esperanzas de hombre innovador que tiene en la vida un noble fin que realizar, todos los sentimientos que en aquel horrible instante se entrechocaban en el ser del polaco, inspirábanle frases absurdas, períodos incoherentes, los delirios conmovedores y amargos del hombre que no acierta a darse razón de su desventura.

Imaginábase estar en su hogar, Mara junto a él, hermosa y apasionadísima, le había salido al encuentro a la puerta de la calle.

La concesión para fundar un hospital modelo, donde sin distinción de razas ni de religiones fueran recogidos los centenares de enfermos contagiosos que pululan por la ciudad, estaba en vías de otorgarse: y sus hijos, los hijos de él y de Mara, nacidos de una unión dichosa, jugaban allí cerca, en su espacioso cuarto del mediodía y eran sanos e inteligentes.

Y la tisis, la traidora enemiga, trataba de penetrar en aquella casa donde el amor y la ciencia, unidos, habían creado seres continuadores de una obra de regeneración para el hombre, y de libertad para la nunca bastante adorada Polonia!

El doctor, divagando, fija la mirada en un punto de la habitación, como si allí estuviera realmente hecha carne la dolencia que consumía a su novia, dió un paso y gritó ronco:—No huyas, que voy a despedazarte.

Extendió las manos hasta tocar el muro, y en él clavó sus uñas con tal fuerza que la sangre brotó de sus dedos.

Iwan Iwanowich, que durante aquel largo delirio del médico escuchaba mirándole atentamente, al ver que, dominado por una alucinación gritaba forcejeando, próximo a un paroxismo nervioso, acercóse a él, y asiéndole fuertemente de un brazo, le dijo:—¡Ea, colega, déjate de perseguir fantasmas! Recoge del suelo esa carta caída, y hablemos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Iwan Iwanowich?

—Claro que soy yo; aquí no hay fantasmas. Ven al balcón. Mara, enferma de muerte, te escribe; ¿tú no tienes nada que contestar a estas líneas? Desdobló la carta y comenzó a leer pausada e intencionadamente:

«Enrique: Esperaba el momento de tu vuelta para enviarte cuanto te escribi

al saber tu marcha; pero ahora, al verte entrar en tu casa, rompo lo escrito intentando decirte de otra manera, de otra forma, cuanto decirte quiero. Te escribo llorando al imaginarme todo lo que has sufrido al conocer mi dolencia, y sé sin poderme callar, que mis palabras van a agrandar tus sufrimientos. Si jurándote que no te amo, supiera que habías de olvidarme y ser feliz, no vacilaría en ser perjura; pero tú no creerías esa falsedad, y yo no tendría valor para engañarte. ¡Enrique, mi Enrique amado, mi vida acaba y me separo de tí! ¡Dios mío! Casi tranquila, puedo ya escribir estas terribles palabras. Supe por mi tuor que estoy tísica, y entonces me expliqué tu cambio y tu marcha; yo estuve ciega hasta ese momento, y no se me ocurrió que mis frecuentes aunque pasajeras dolencias fuesen los indicios de mi mal. ¡Oh, Enrique! ¿Porqué no he sabido esto antes? De conocer la verdad, yo no te hubiera hecho desgraciado, yo no hubiera compartido contigo mis esperanzas. Mi amor hubiera rechazado al tuyo, y moriría adorándote, pero sin la pena que por tí siento ahora. ¿Te acuerdas con cuanto esmero ordenaste los arreglos de la casa que debíamos habitar a nuestro regreso de Polonia? Yo no veré nunca mi patria... sí... la veré, porque en ella quiero morir. ¡Morir! ¿Sabes tú que hay momentos en los que mi situación me parece una pesadilla y siento impulsos de correr a tu casa, que veo al escribirte, y el ansia de verte y oírte me vuelve loca? El amor, la familia, esas felicidades del cielo a las que he aspirado en la tierra, están vedadas para mí. ¡Ya no quiero ser tu mujer! ¡Ya no puedo serlo! Me doy cuenta de tu terrible situación. Como luchas, luché. ¿Vacilas aún? Pues yo no vacilo. Nací destinada a vivir poco y mal; a los seres que me rodean no podré evitarles la pena de verme sufrir; dentro de poco, cuando el paseo me fatigue, la conversación me moleste y la tos empiece a ahogarme, como un niño, más aun que un niño necesitare ser cuidada. Mis amigos se apartarán de mí, porque la tisis es contagiosa, y porque nada hay tan triste como ver sufrir a un pobre ser sin poder aliviarle. Yo no podría dirigir nuestra casa; yo no podría instruir a los niños pobres. ¡Los niños! Nuestro hogar sería un hogar desierto, aterrador; desierto, si a la «parecuna» preparada no descendía un ángel: aterrador, si de la cuna veíamos descender el ser adorado que la herencia condenaba a morir pronto o a vivir miserablemente. Separémonos, Enrique, porque una vez que el ideal de nuestra vida es imposible, casarnos, lejos de calmar nuestro mutuo dolor, lo encontraría. Separémonos, pero no con la desesperación de no hallarnos nuevamente. Ten valor, y piensa que esta unión de nuestras almas es inmortal, y que, ausente de tí o muerta, Dios permitirá que ellas se comuniquen y sientan la divina felicidad de ir unidas en el bien y en el amor de nuestra patria. ¡Enrique, mi amor, mi primero y último amor!... ¡Adiós para siempre en la tierra!»

Irguióse Wolski, y estrechando contra su pecho el retrato, exclamó mirando por el abierto balcón la casa de su novia, como queriendo que ésta le oyera.

—¡No, no, Mara! ¡Yo te amo, tú eres mía!

Oyóse el eco de un sollozo como si no lejos de allí una persona llorase. Volvió el ruso rápidamente la cabeza, precipitóse al balcón Enrique, y siguió con ímpetu:

—¡Mara, Mara mía! Tú estás cerca. ¡Oh! Ven; te amo y te pido perdón porque he sido un cobarde. No supe lo que hacía, estaba loco por el dolor; pero ya ves que he vuelto sin llegar a casa de mis padres, porque no puedo vivir sin tí.

Iwan tocó en el hombro a su amigo y con el índice le señaló la oscura alameda del jardín, por la que corría, escondiéndose entre los árboles, una mujer.

—¡Mara!—gimió con acento de sobrehumano pesar el polaco;—¡detente, espérame, por favor!—e hizo ademán de saltar al jardín.

En aquel instante, y en la apacible calma de la noche, se oyó distintamente el ruido seco de una puerta al ser cerrada de golpe, y la figura de mujer atravesó la calle. Wolski dió un paso hacia la habitación, y llevándose las manos a la cabeza, cayó al suelo sin sentido.

**

Poco distante de Kazán, la aldea de Orloff, asentadas tiene sus casucas de madera, con techos de paja, en el borde izquierdo del río, que en aquel punto hace un remanso semejante a una pequeña playa. En el espacio sólo de algunos

metros que separa la orilla de un extendido pinar, véñse hasta una docena de chozas, y en el centro una iglesia con sus tres cúpulas pintadas de azul.

Al borde del pinar, sombreados sus blancos muros por corpulentos árboles, véfase una casa pequeña; tenía de un lado un jardincillo y del otro una terraza. Ante ella prolongábase el bosque secular de muchas leguas de extensión. Era la vivienda del jefe de los guarda-bosques del distrito, y ocupábanla los padres de Wolski. Sentados en los bancos de madera de la terraza había dos señores de edad. Delante de ellos, sobre una mesa cubierta con blanco mantel, colocaba la dueña de la casa los platos adornados con hojas, llenos de aromadas fresas y rojas guindas.—Señor de Pominski—interrumpió la señora—hágame el favor de aceptar unas fresas.

—Con el mayor placer. ¿Pero no esperamos a los jóvenes?

—Los esperamos tomando el te.

—Aprobado, señora; pero antes hágame usted el favor de unas fresas.

Sirvió doña Isabel la fruta a Pominski, y abriendo la espita de la dorada *somowar*, que una sirvienta colocó sobre la mesa al lado de la señora, hizo ésta el te. Con diminuta mantita de seda guateada cubrió la tetera, que puso en la boca de la *somowar* para que, al calor del fuego, con más prontitud, soltaran toda su esencia aquellas diminutas hojas verdes que bullían en el fondo de la tetera coloreando el agua. Con ademán, en el que se reflejaba la complacencia de servir a su compañero y de obsequiar al nuésped, ofrecióles la jarrita con nata y el platillo con rajas de limón para que eligieran, y dijo:

—¿Pero esós muchachos, qué hacen que no vienen?

—Recorrer la selva en todas direcciones para comp'acernos—contestó don Juan.—Les hemos pedido setas para cenar y las tendremos. Enrique conoce el bosque palmo a palmo; su placer favorito cuando viene, es pasar todo el día entre los árboles, y no se cansa nunca.

—Pues entonces mi hija corre con él parejas. A veces me enfado al ver que desde la mañana a la noche no se da un momento de reposo. Es ella la que dirige la casa, la que organiza paseos, la que arregla cuanto hay difícil de arreglar, y lo mismo monta a caballo para hacer la inspección de las selvas, que se mete, descalzos los pies, en el arroyo para lavotear a los chicuelos de la aldea que se empeña en hacer limpios.

—Gelcha es la muchacha más encantadora que conozco—prorrumpió doña Isabel.

—No tanto. Pero es buena, dócil... la alegría de la casa.

—Aseguro a usted que me da gusto verla siempre tan activa, y sana y fresca como una rosa.

—¡Oh! En cuanto a viveza y salud no hay quien la gane. Por supuesto, no es de extrañar, como ha nacido en Siberia, no siente el frío de aquí, y se ha criado entre pinares a igual que las plantas al aire libre, creciendo y desarrollándose a su antojo. Su educación es lo que me preocupa, porque es muy incompleta; como hemos vivido tantos años lejos de las ciudades, la muchacha no ha podido aprender todo lo necesario. Quiere ingresar en el Instituto, y hacer los estudios de profesora. Ahora que vivimos cerca de Kazán, allá la mandaré, y mi mujer y yo tendremos que resignarnos a vivir sin ella, aunque nos será tan penoso...

—Como nos es penoso a Isabel y a mí vivir sin nuestros hijos. Aunque Enrique está cerca, no lo vemos tanto como quisiéramos; su hermano vive allá en Samara, y sólo de tarde en tarde podemos verle por aquí. Los dos con su cariño nos hacen dichosa la vejez. Enrique desea que con él vayamos a vivir definitivamente en Kazán. Desde hace cuatro años que volvió del extranjero, su nombre es conocido y respetado en Rusia, y de todas partes acuden a él los enfermitos.

—¡Y ha hecho curas milagrosas!—exclamó doña Isabel.

—¿Y sabes?—siguió don Juan—Está en vías de realización su proyecto. Figúrate que, venciendo todas las dificultades que le opuso el gobierno, ha recabado el permiso para fundar un hospital, en el que serán asilados los niños que padezcan la tisis en cualesquiera de sus formas, y después de recorrer provincias enteras buscando el apoyo de las autoridades y de los ricos ha logrado cien mil rublos entre suscripciones y limosnas. Enrique, que tiene el don de convencer, y

una energía poderosa, logró lo que deseaba, sin dejar en los gabinetes de los ministerios más que el comunicativo entusiasmo que sus ideas inspiran siempre.

—Pueden ustedes estar orgullosos de tener tal hijo. Yo sabía que era hombre de mucho mérito Enrique Wolski, y cada hora que paso aquí descubro un nuevo rasgo de su noble carácter. ¡Qué patriotismo el suyo tan acendrado! En estos cuatro días que tenemos mi hija y yo la fortuna de ser huéspedes en esta casa, al conversar con el doctor, noto como avivados mis sentimientos y mis esperanzas de ver libre a Polonia.

* *

Notáronse rumores de conversación que venía del fondo del pinar; a poco llegó una comitiva juvenil. La componían tres muchachas y dos hombres. Iba delante una de ellas: era alta, morena; llevaba un gran cesto pendiente del brazo, y en la cintura un ramillete de flores prendido en el negro cinturón de piel, que ceñía en el talle los plieguecillos de ligera blusa blanca.

Detrás, al lado de un muchacho, iba Enrique Wolski.

—Buenas tardes, y perdón por la tardanza. Aquí está lo prometido.

—¿Lleno?—preguntó el señor Pominski

—Lleno, padre—respondió ella con énfasis infantil.

—Pero, señores—preguntó jovialmente don Juan acercándose a Gelcha y tratando de aliviar su carga—¿cómo han permitido ustedes que vinieran las señoritas con tal cargamento, en tanto que ustedes traen las manos vacías? ¿Qué juventud es esta, Pominski amigo?

—Una juventud abominable—respondió en el mismo tono de burlesco enfado.

—Y veamos: ¿el fruto es bueno?

—De lo mejorcito, papá. Mírenlo ustedes.

Gelcha volvió el canasto, del que salieron hasta un centenar de setas, entre las que había algunos hongos carmesíes, codiciadísimos por los polacos.

—¡Hermosos! ¡Soberbios!—decía tomando uno a uno el señor Pominski.—Pero, criatura, ¡te habrás lastimado con ese peso! Ven acá; enséñame el brazo.

El padre, remangó un poco la manga de la blusa de Gelcha, y señalando una gran rozadura más arriba de la muñeca, exclamó:—¿Lo ves, aturdida?

Y Enrique Wolski, que estaba cerca de él, dijo con el tono del médico que define un temperamento:—Es fuerte.

—Con estas bromas se olvidan ustedes de merendar; Gelcha, hija mía, haz el favor de reunir a los dispersos. Voy a entregar yo misma los hongos para la cena y guardaré los demás, porque no es cosa que los criados los desperdicien.

Y habiendo servido el té a los jóvenes, entró la señora en la casa, seguida de una sirvienta que llevaba los apreciadísimos vegetales.

* *

A la tarde siguiente volvían de paseo los esposos Wolski con Gelcha y su padre, cuando se reunió a ellos Enrique.

—¿De dónde vienes, hijo?—le preguntó la señora.—Te esperamos hasta las seis, hora en que nos hemos decidido a salir un poco.

—He ido lejos.

—Entonces ya sé dónde has estado. En busca de chuwashis y chirimyses.

—Algunos he hallado en sus madrigueras del bosque.

—Oye, hijo; date un poco de descanso en el breve tiempo que vienes a pasar en la aldea. Por mucho que trabajes conversando y socorriendo a esos infelices, salvajes son, y salvajes se quedarán por los siglos de los siglos—añadió don Juan.

—Y diga usted doctor—preguntó Pominski.—¿Si los chuwashis, así como los tártaros y esas legiones de aldeanos rusos que pueblan el imperio, son felices en su ignorancia, ¿qué conseguiremos civilizándolos?

—Todo lo más grande que la voluntad humana puede conseguir. Estirpar el mal para que la propagación de la especie se perfeccione. Arrancar del estúpido quietismo musulmán a los tártaros; romper los ídolos de los chirimyses; instruir a todos y lanzar esos miles de seres a las corrientes de la vida, aptos ya para pensar y discernir. Ese contingente de fuerzas y de actividades, si están dirigidas al bien, serán provechosas a la humanidad, y favorecerán su marcha hacia la

perfección como el aumento de combustible en la caldera desarrolla mayor fuerza motriz...

—¡Pobres gentes! La verdad es que debemos estarles muy agradecidos del aislamiento en que viven, porque, de no ser así, sus males se propagarían.

—¿Y cree usted que no se propagan? El aire esparce los gérmenes morbosos, y las escrófulas, las herpes y las úlceras malignas, que es de lo que más padecen los chuwashis y los chirimyses, se contagian a otras gentes en la plaza, en las tiendas, en el bulak de Kazán, en el cual viven hacinadas muchas familias miserables. Por los mil medios de propagación que cada enfermedad tiene, ha llegado a nuestro país el *coltun*, la *plica pletórica*, esa repugnante enfermedad del cuero cabelludo que los tártaros nos trajeron y que hoy, casi estinguida entre esa raza, aun existe en muchas aldeas de Polonia. Y no crea usted que es aquí solamente en donde el higienista y el sociólogo tienen que luchar librando al hombre de la ignorancia. En las aldeas de nuestro reino, la superstición, la suciedad y el abandono, han hecho leyes por las que se rigen aquellos sencillos aldeanos. Allí también el médico es un enemigo cuyas advertencias no se atienden nunca, y es tan grande el horror que a las gentes inspira el hospital, que prefieren padecer y morir a ser en él asistidos y aliviados. ¡Cuánto deseo emplear allí todas mis fuerzas de propaganda!

—¿Cuándo será eso, hijo mío?—murmuró suspirando doña Isabel.

—Lo antes posible, madre.

—Quiero morir en mi Lituania querida—siguió la señora.

—Y yo—repuso Gelcha, que se había adelantado cogiendo flores durante la conversación.—Yo también quiero morir en Lituania, pero después de haber vivido muchos años allí. Miró el doctor a la joven, y acercándose a ella, preguntó:

—¿Usted no ha estado nunca en Polonia?—Gelcha volvió hacia Enrique sus ojos negros, grandes y muy alegres, por los que en aquel momento pasó algo de triste y repuso:—¡Nunca!

—¿Salió usted muy pequeña de Siberia?

—Tenía doce años; pero cuento como pasados allá los siete que hemos vivido en la provincia de Wiatka. Allí hacíamos una vida más triste aún que en Tomsk. En invierno, las comunicaciones son imposible y en verano la gente tiene el buen gusto de no ir a pasar allí un calor insoportable. Así es que cuando hace dos meses trasladaron a mi padre a esta comarca de Kazán, nuestra alegría fué inmensa. Además, el Volga anima estas llanuras, que son muy alegres.

—¿Alegres? No.

—¡Vaya! Mire usted qué hermosa vista ofrecen desde aquí los campos. Los de trigo parecen un mar de aguas doradas. ¿Y las selvas? Yo no creo que las célebres montañas del Mediodía tengan, sobre todo en invierno, la hermosura de estas selvas del Norte.

Hablaba Gelcha con naturalidad, que era su característico encanto, pero con cierta timidez en la mirada y en la expresión, como si el conversar con Wolski la infundiera respeto.

Al llegar aquí la muchacha cambió repentinamente de tono, y siguió con verdadera cortedad:—Le cuento a usted mil tonterías, y sin duda le canso.

* * *

Llegados a la casa, en tanto que doña Isabel entróse a dar órdenes domésticas, y don Juan y su amigo fuéronse a la sala a leer los periódicos polacos que se recibían a aquella hora, Gelcha, de pie en la terraza, reclinó con descuido su cabeza en una de las columnas que del balconcillo subían en busca del techo, que parecían soportar, rodeóla con uno de sus brazos, y con la mirada fija en las espesuras del bosque quedóse inmóvil y pensativa. En el dintel de la puerta, a pocos pasos de la muchacha, se puso a contemplarla el doctor Wolski.

Como médico, como conocedor de cuantos trastornos fisiológicos hacen del organismo humano un armazón de huesos que los músculos y los tejidos se niegan a sostener, y caen cual desengranadas piezas de máquina inservible; como hombre acostumbrado a ver tantos cuerpos lacios y moribundos, fijaba su atención el cuerpo de aquella joven, sano, palpitante de energía vital, centro de una vida perfectamente equilibrada, que era para sus ojos, fatigados de descu-

brir miserias y miserias, espectáculo nuevo, apetecido y grato... ¡Casi un reposo de sus pupilas!..

Wolski, partidario fervoroso de la regeneración física del hombre, consideraba a aquella mujer como un curioso ejemplar de la especie humana.

Aquellas caderas bien formadas prometían fecundidad. Los senos, que Wolski veía palpitantes bajo la batista de la blusa, por lo esféricos y lo turgentes, parecían esperar la boquita rosada que en ellos había de beber ansiosamente la vida, y contemplando, contemplando absorto el busto, los brazos, el cuerpo perfectísimo de la joven, el doctor bendecía a la pródiga madre Naturaleza, que tan sabiamente había modelado aquel cuerpo digno de la maternidad...

Paralizóse en Wolski la facultad analítica, y en el hombre de ciencia se despertó el hombre apto para percibir y admirar las plásticas bellezas de aquella mujer. Miraba su cabeza apoyada con abandono en la columna, su frente, cuyos rizos movía la brisa del anochecer, y sus pestañas finas y negras, que a cada movimiento de los párpados parecían acariciar los ojos.

En ellos veía él aquella tarde un divino rayo de ternura... Recordó la turbación de la joven, sus palabras, y al verla ahora inmóvil mirando con abstracción el horizonte, adivinó que pensaba en él en tal instante, y el latido de una sensación estremeció su pecho. Dió un paso hacia ella.

Volvió Gelcha el rostro, irguióse rápida, y al ver a Wolski se ruborizó...

Miráronse, y sus miradas ardientes y dulces a la vez, fueron una revelación para ellos. En la calma de ese sublime momento de la naturaleza, Enrique y Gelcha, como en éxtasis, parecían complacerse en percibir allá en lo más profundo de sus almas el vivo latir de un sentimiento nuevo...

De pronto, Wolski, acercándose a Gelcha, exclamó:—¡Qué hermosa noche!

—¡Oh, sí, qué hermosa noche!—repitió ella calladamente, y ambos miraron al cielo y de nuevo quedáronse silenciosos...

Y sin pensar concretamente en su unión con Gelcha, Wolski se la representaba a su lado dirigiendo su soñadísimo hogar: sin que el deseo de la posesión se mezclara a su pensamiento. Wolski veía a Gelcha madre de sus hijos, cuidados desde antes de nacer, sanos e inteligentes, salvadores de su patria y continuadores de las doctrinas regeneradoras que eran el ideal del polaco.

* *

Dos meses después, en la casa que con el doctor Wolski ocupaban su padres en Kazán, conversaban éstos sentados el uno junto al otro.

—Mira—decía don Juan—nosotros hacemos lo que nos es dable para complacer a nuestro hijo, y sólo de él depende ya su boda. Cuanto ha querido saber de nuestros antepasados y de los de Gelcha Pominski lo sabrá en breve. Yo le ayudo pero previendo de todo corazón, que esas averiguaciones retrospectivas son una rareza. Tú que sabías la mutua simpatía de los chicos, y que estabas más enamorada de Gelcha que el mismo Enrique, al hacer a éste los primeros avances, recibiste por toda contestación estas palabras: «Madre, me casaré con esa mujer cuando tenga pruebas irrefutables de que *ni en su familia, ni en la mía, ha habido desde cuatro o cinco generaciones un sólo caso de enfermedad hereditaria*. De lo contrario, no me casaré jamás.» Reflexiona sobre estas frases, Isabel, y verás que son las de un excéntrico. Nosotros, porque estamos convencidos que conviene a Enrique la unión con Gelcha, y Pominski porque sabe que de esa unión depende la felicidad de su hija, sin vacilar hemos hecho lo que Enrique deseaba, y de averiguación en averiguación logramos casi todos los antecedentes que interesan a nuestro hijo. Estas gestiones, aunque complicadísimas, no han sido muy difíciles de realizar, porque como tus antepasados y los míos, así como los de Pominski y su mujer eran de Lituania, tan sólo a los señores de aquella región circunscribíase el campo de nuestras investigaciones. Pero si todo el mudo para casarse, tuviera que seguir el procedimiento novísimo de Enrique, te aseguro que no se casaría nadie.

—¡Y ansío tanto verle dichoso!

—¡Dios lo haga! Gelcha le adora, él... Sí, él la quiere mucho; pero ¿sabes? a veces creo descubrir en Enrique un algo denunciador de que aun recuerda sus malogrados amores.

—¡Oh! la herida ha estado abierta durante cuatro años. ¡Qué de tristezas, qué de amarguras ha sentido el pobre en ese tiempo! Ni los múltiples trabajos distraían su pena, ni el amoroso interés hacia los niños enfermos calmaban en su corazón su sed de amor paternal. ¡Que sea feliz, Dios mío!

—Pero tú comprendes que será milagroso no hallar ni en tus antepasados ni en los míos, ni en los de Gelcha, alguna enfermedad o algún vicio de esos que dicen se transmite de generación en generación.

—Es verdad, pero yo creo que nuestro hijo limitará sus investigaciones.

—Los enamorados de mi tiempo no necesitaban esas *patentes sanitarias de sus antecesores* para casarse en paz y en gracia de Dios, como nosotros, y hemos sido felices y nuestros hijos son sanos...

**

Un año después, por las alamedas del jardín que rodeaba el hogar del doctor Wolski veíase a éste pasear todas las tardes, a la misma hora con una joven. Ella la llevaba del brazo, paseaban lentamente, se detenían un instante y seguían luego evitando las desigualdades del piso. Llevaba el doctor una pala de madera en la mano, con la cual apartaba de los pies de la joven las piedrecillas, y hasta las hojas secas que los vientos de otoño hacían caer de los árboles. Cierta día, tras breve discusión, exclamó Wolski:—Gelcha ¿porqué quieres lo imposible?

—¡Me gustaría tanto ir a ese concierto!

—¡Te gustaría! Eso no basta. No todo lo que nos gusta nos conviene, y el hombre no debe dejarse guiar sólo por sus gustos. Romper la regularidad de tu vida, quitarte del sueño que te es tan necesario, cuatro o cinco horas para ir a envenenarse en un local donde la aglomeración de gentes, el calor y las luces envenenan la atmósfera, sería la mayor de las locuras. No irás ni a ese concierto, ni a ningún otro espectáculo. Si ya lo sabes ¿porqué insistes, Gelcha?

—Tienes razón, Enrique mío, perdóname. No ignoras que haré todo lo que quieras, pero en cambio... ¿Me dejas pedirte un favor?

—¿Cual?

—He oído hablar tanto del último libro de Tolstoi, que deseo...

—¿Leer novelas inmorales, que inquietan la mente y sacuden el sistema nervioso? Gelcha, por Dios te lo pido, no quieras perturbar el orden de tu vida presente. Los libros que puedes leer los tienes en tu cuarto, y los otros están vedados para ti...

Enrique estrechó dulcemente la mano de su mujer, y hablando dirigiéronse lentamente hacia la casa. Subieron despacio las escaleras, atravesaron un corredor de servicio y penetraron en la antesala. Enrique desabrochó y quitó a Gelcha el abrigo, y haciéndola sentar inclinóse ante ella y la descalzó los chanclos de goma que preservaban de la peligrosa humedad de Otoño.

Al erguirse Wolski, Gelcha cogióle las manos y se las besó repetidas veces.

—¿Estás cansada?

—Hoy ha sido el paseo más largo que de costumbre, hijos—dijo entrando doña Isabel en la antesala—y hace fresco. Gelcha, hija mía, ¿tienes frío?

—No, si hace un tiempo muy gradable.

—¡Ay, osito de Siberia! para ti siempre hace buen tiempo—añadió doña Isabel abrazando a la joven.

Pasaron los tres al espacioso salón de la casa, y Enrique preguntó a su madre:

—¿Han ventilado como he dicho las habitaciones de Gelcha?

—Sí, y el ventilador del techo no se ha cerrado aún.

—Pueden ya cerrarlo. Ahora, Gelcha mía, vas a recostarte un cuarto de hora en tu *chaise longue*, y allí te servirán la leche.

Gelcha, que en aquel punto había cogido de sobre un velador un periódico, se lo enseñó a su marido y de éste alejándose, decía:

—Me pertenece, me pertenece, porque lo he cogido antes que tú.

Enrique quitó el periódico a su mujer y murmuró:—Tontina, lo leerás luego.

—Sí, cuando tú lo recortes por todas partes y no queden de *El Diario de Kazán*, más que cuatro líneas sin interés—replicó Gelcha con mohín de niña enfadada.

—Tontita—repitió él acercándose más a ella y estrechando sus manos.

Ella, con abandono y mimo, reclinó la cabeza en el pecho de Wolski.

* *

En un ángulo del jardín que circundaba el hogar del doctor Wolski a gran distancia de las habitaciones de éste, alzábase un pabellón de piedra. Componíase de cuatro salas altísimas de techo, y muy grandes.

Era la primera, entrando por la parte del jardín, una sala de desinfección; a su izquierda y completamente aislado, estaba el laboratorio, y separadas por una antesalita circular, el gabinete de consulta del médico y el salón en el que esperaban los pacientes.

Al ver entre los muebles, sillas y taburetes diminutos, mesas cargadas de guetillos, y al respirar el aire puro de la estancia, renovado por medio de ventiladores practicados en los muros, descubríase el vivo interés que inspiraban al doctor Wolski los niños, por la regeneración de los cuales luchaba incansablemente con tanta sabiduría como buen deseo.

Entró Enrique en su gabinete, y un hombre que allí lo esperaba dió un paso hacia él, diciéndole:—Salve, querido doctor.

—¡Iwan, Iwan Iwanowich!—exclamó sorprendido Enrique.

—¡Tú en Kazán! ¿Y desde cuando?

—Desde ayer.

—¿Y vienes?..

—Directamente del país de los horrores: de Siberia.

La voz del ruso era débil, opaca, y tenía algo de doliente.

Se hallaba tan cambiado que era difícil reconocerle. Su cuerpo huesoso encorvábase como el de un anciano. En su cara de color enfermizo y piel rugosa, los ojos brillaban con relampagueos de fiebre.

—Mi vida no tiene nada de extraordinario. Fuí mandado a Siberia con otros muchos, cuando la policía sorprendió nuestra imprenta, y he vivido en Tomsk, convenciéndome más cada día *que vivir es un bien supremo*.

—¡Ah! vuelves como fuiste, irónico y pesimista, pero no es extraño; el destierro ennegrece las ideas.

—Tú sigues tan convencido de todo lo contrario, ¿verdad?

Brillaron los ojos del médico con luminosa expresión de triunfo y movió afirmativamente la cabeza.—¿Has civilizado muchos chirimyses?

—He curado algunos.

—Me han dicho que has fundado un hospital magnífico, un palacio, como si dijéramos, digno de su majestad el dolor.

—He fundado un hospital a la moderna, bien organizado, bien provisto, con mucho aire y mucha luz. Además, en las orillas del mar Caspio edificaré dos sanatorios que servirán de complemento al régimen curativo de aquí.

—Lógico en el error—añadió como hablando consigo mismo el ruso, y en seguida, con sarcástico acento:—¡Y te has casado!

En el rostro de Wolski acentuóse la dulcísima y serena expresión que desde su casamiento se advertía, y con expansivo arranque y mirar de iluminado que posee la verdad, respondió:

—Sí, mi querido impenitente, me he casado. Tengo ya un hogar, mis padres viven en él, dentro de poco nacerá mi primer hijo.

—¿Y eres feliz?

—¿Cómo no serlo, cuando se tiene fe en sus ideales, y se los ve triunfar en provecho del hombre? ¿Cómo no ser dichoso si constantemente la voluntad y la ciencia unidas logran victorias extraordinarias? En torno mío agrúpanse una juventud que segura del triunfo me sigue, y mi hijo va a nacer, y crecerá en el bienhechor ambiente de una familia honrada y amante. El amor y la concordia que deben existir entre los seres que rodean al niño, son los mejores auxiliares de la pedagogía. Mi hijo será sano y será dichoso. Pero hablemos de ti. ¿Qué piensas hacer en Kazán?

Ensombreciéronse los ojillos grises del ruso y respondió con equívoco acento:

—Acabar cuanto antes.

Wolski rodeó cariñosamente con su brazo el cuello de su amigo, diciéndole:

—Mi pobre Iwan Iwanowich, vas a dejar de hacer locuras y vas a curarte.

¿Quieres regularizar tu vida y asociarte a mí? Tú conoces la medicina: puedes

ayudarme y ser útil a tu prójimo, empezando por serlo a ti mismo. Basta de aventuras políticas; vas a curarte y vas a renegar de tu fe, que sólo reconoce el dolor, ¿verdad, mi querido Iwan? Déjate guiar un poco, permíteme que te muestre los hermosos caminos que tu maniática desesperación niega sin querer buscarlos.

Callado e inmóvil, oía el ruso al doctor, y cuando éste le dijo las últimas palabras, Iwan, con su acento apagado, pero sin ironía esta vez, respondió mirando a su amigo:—¿De modo que tú me quieres?

—No lo dudes.

—Me es grato creer en tu afecto. Pero ¿ves?—añadió sonriendo con rebel-día.—También me causa dolor tu amistad.

—¡Qué desgraciado eres!

Iwan encogióse de hombros, como si desconociera su infortunio, y poniéndose de pie, dijo:—Te abandono, mi optimista doctor.

—Aguarda: prométeme que serás mi aliado y que aceptarás la vida que yo te proponga.

—Gracias—respondió sócamente Iwan—soy ya viejo y no necesito más preceptor que mi experiencia. Queda reanudada nuestra amistad y hasta la vista.

* *

En el domicilio del doctor Wolski notábase desusado movimiento días después. De la sala contigua al tocador y la alcoba se habían quitado la mayor parte de los muebles; sobre una mesa, al lado de una lámpara, veíanse algunos frascos con calmantes, dos botellas de vino, otras con agua destilada, cucharas, copas, todo puesto allí como por mano de previsor enfermero que sabe que en un momento crítico han de hacer falta tales cosas, y que conviene que estén preparadas para evitar retrasos a veces perjudiciales al paciente.

Había anochecido cuando la madre de Enrique salió de la alcoba, y acercándose a la mesa, encendió la lámpara. En el pálido rostro de doña Isabel reflejábanse una inquietud y una angustia indecibles.

Tomó uno de los frasquitos, y al volverse, halló en la puerta a un caballero de edad, enjuto, y cuyos ojos brillaban inteligentes a través de las gafas de oro.

—¡Oh, doctor, qué tortura ver sufrir tanto a mi pobre Geicha! ¡Dios mío! ¿Qué va a ocurrir? ¿No puede usted aliviarla?

—Señora, nada me es posible hacer sin mi colega. El caso es demasiado raro y demasiado grave para tomar sobre mí las reponsabilidades de la operación. Lo que urge es que llegue Kowalewski, de cuya maestría hay que esperar todo. Hace tres cuartos de hora que se le avisó; y me extraña que no esté aquí todavía.

El médico, al decir esto, consultó su reloj y púsose a pasear por la estancia.

—¿Y esa operación—atrevióse a balbucear la señora—es tan necesaria?

—Absolutamente irremisible.

—¿Y dígame usted—añadió llenos de lágrimas los ojos—¿el angelito no sufrirá? ¿nacera vivo?

—¡Oh! no puedo responder de eso...

Doña Isabel contuvo un sollozo, pero las lágrimas corrieron abundantemente por sus mejillas.

—Es probable que la criatura nazca en buenas condiciones.

—¡Madre!—llamó desde adentro Wolski,—y doña Isabel limpiándose prontamente los ojos salió de la sala.

Oyéronse entonces pasos precipitados y un instante después entraba el célebre ginecólogo Kowalewski. Era joven, cargado de espaldas y en su rostro de facciones vulgares, sólo las pupilas hacían simpático el junto.

Encaróse con su compañero, preguntó, oyó atentamente la rápida exposición que del caso le hizo aquel, y con mucha sorpresa dijo:

—Siendo así no hay más remedio que arrostrar la ovariectomía *doble*. Yo no creí que sería la cosa tan seria... Mis instrumentos están abajo, en mi coche. Es necesario que se avise a mi ayudante. ¿Hay algo preparado?

—Todo lo que nos hace falta y más aún está dispuesto en la pieza contigua.

—Perfectamente. ¿Dónde se halla Wolski?

—Al lado de la enferma de la que no se separa un momento.

—¡Pobre mujer!

—¡Bah! cuando sepa que la cosa no ha de repetirse porque no volverá a ser madre en su vida, la confianza del porvenir apagará el recuerdo de lo sufrido.

—Vamos, vamos allá y veremos lo que se puede hacer.

Cerróse la puerta tras ellos, y quedó la sala silenciosa. Pasó el tiempo, sonó la media noche, la una, las dos después, y el mismo silencio y la misma soledad reinaban en aquella parte del domicilio de Wolski. Sonaron las cuatro y en la penumbra del horizonte marcábase suavísimamente la tenue claridad del alba...

Entonces entreabrióse la puerta y apareció Enrique Wolski. En sus brazos, amorosamente envuelto, y en la almohada de plumas que es de uso en Polonia, sostenía un recién nacido.

En breves horas la fisonomía de aquel hombre había cambiado extraordinariamente. En su rostro pálido marcábase aún la contracción dolorosa, señal de las terribles emociones que venía de sufrir. Por su mirada, encendida en sentimientos celestiales, y por su actitud sosteniendo a la criatura, parecía un santo.

Dió algunos pasos cautelosamente y se detuvo. Inclino más la cabeza, contemplando con arrobamiento aquella carita abotagada que entre encajes se descubría; acercando dulcemente los labios, besó la tibía frente del ángel, y exclamó muy quedo:—¡Hijo, hijo mío adorado!

Temblantes y envueltos en la melodía conmovedora de una voz desfallecida de felicidad, salieron esas frases de los labios de Wolski, que transfigurado como ante la revelación del bien supremo, parecía próximo a caer de rodillas.

Despacito, cual si temiera hacer daño o despertar al infante con sus movimientos, penetró en el alegre cuarto donde la cuna, envuelta en el níveo y vaporoso cortinaje, tenía contornos de nube.

**

No habían transcurrido ocho días, cuando una tarde, esquivando a los deudos y amigos que le acompañaban, Enrique Wolski saltó del trineo y metióse en el jardín de su casa.

De su porte arrogante apenas quedaban vestigios en aquel cuerpo, que ahora encorvábale al andar, como si los músculos que le sostuvieran se hubiesen roto.

Iwan Iwanowich penetró a poco tras él y alcanzándole murmuró:

—¿Comprendes al fin, desdichado, que yo tengo razón? Tu ciencia, la ciencia toda es impotente contra el mal y contra los sufrimientos del hombre. ¿Y aun te parece una desgracia la muerte de tu hijo? Yo vengo a felicitarte por ella.

Los pies de Enrique tropezaron con un azadón atravesado en mitad del camino, bajóse a cogerlo, y cual si aquel instrumento de labranza tuviera profunda conexión con sus cavilaciones o despertara otras en su espíritu, el médico se detuvo, y empuñándolo con ambas manos, púsose a cavar en la tierra.

—¿Qué es eso? ¿Te sientes repentinamente con aptitudes de gañán, mi sabio amigo? Sería curioso. Oye, descúbreme los móviles de esa acción. ¿Vas a meterte a sepulturero en memoria del hijo que vienes de enterrar? ¿Es que te figuras acaso que labrar la tierra da mayores seguridades de éxito que echar al aire teorías, o que pregonar todo poderosa la voluntad humana? Si eso piensas, te equivocas también. ¿Puedes estar cierto que la tierra labrada con el sudor de tu frente te devolverá hecho fruto el grano que en ella depositas? No. Disputánlo a tu hambre la sequía que lo asfixia, la lluvia que lo pudre, los microorganismos que lo devoran. ¡Oh! no te fies tampoco de la tierra ni de esfuerzos fecundándola. ¿Qué íntimo furor anima tus brazos? Parece como si quisieras vengarte de la tierra que ha tragado a tu hijo, golpeándola, picándola desesperadamente con la ira y coraje de asesino que se ceba en su enemigo mortal. Necio, no sigas. ¿Olvídas que la tierra como el cielo son... sordo mudos insensibles?

Alejóse Iwan, y el ruido de sus pasos percibíase con los ecos de sus risas.

Del lado de la casa partió inusitado vocerío, y corriendo dirigiéronse hacia Wolski sus padres rodeados de gente amiga y de criados. Doña Isabel abrazó a su hijo, y don Juan, le dijo con frase entrecortada por la emoción:—Enrique, hijo mío, sé fuerte y ven... corramos a tu hospital, que está ardiendo.

Wolski oyó la terrible noticia y se encogió de hombros con indiferencia. Abrieron las ventanas, abalanzóse a una Enrique y miró con espantados ojos.

Allá sobre la colina, no distante, negra y enorme humareda, entre la que centelleaban millares de chispas, envolvía el hospital modelo...

El doctor Wolski, ante aquel otro desplome de su obra, pestañeó muchas veces, convulsivo suspirar estremeció su pecho, ocultando el rostro en el seno de su madre, rompió a llorar calladamente...

—Mira, el humo se mezclan ya las llamas.

—¡Mi hijo, mi hijo único!—fué el grito angustioso y egoísta que salió del alma de aquel hombre, olvidando el de fuera por el cataclismo propio.

—Imposible detenernos más; la vida de tus enfermos corre peligro... acaso perezcán.

—¡Oh!—gimió sordamente Wolski.—¡Vamos!

Y arrancándose de los brazos de su madre, irguióse con valentía, descendió rápido las escaleras, atravesó las calles, y corrió hacia el incendio, cual esforzado capitán que, herido de muerte, sobreponiéndose a su dolor y restañando su sangre, vuela en socorro de sus compañeros acorralados por el enemigo.

Iwan Iwanowich sostenía entre sus manos unos papeles que no miraba.

Al lado de él, en torno de una mesa, escribían dos jóvenes estudiantes, y un tercero copiaba lo escrito por medio de un *type writer*.

—¿Tampoco nos ayudarás esta vez, Iwan Iwanowich?

—Tampoco. Cuanto hagáis será baldío mientras no logréis que la nación entera, con un solo y colosal esfuerzo, se levante contra los opresores.

—Pues para lograr eso luchamos.

—Lo hacéis mal, y vuestra política empeora nuestra suerte. Si al contrario que yo, ni cansados, ni escépticos creéis necesaria la lucha, tenéis que emprenderla de otro modo. Reunid vuestra fuerza diseminada por Europa, organizaos, y empecé en varios sitios simultáneamente la obra de destrucción. Pread fuego en un mismo día a los cuatro puntos cardinales de Rusia; derrúmbense los cimientos de esta sociedad autocrática; exterminad, y morid si tenéis fe, que de las cenizas amontonadas donde fué Rusia, ha de salir un pueblo libre y venturoso, lo que yo niego. La humanidad, la bestia de carga de la creación, ni hoy es más dichosa que ayer, ni mañana será más dichosa que hoy. Seguid vuestro camino fatal...

Un martilleo sordo y poco perceptible óyese entonces en la habitación.

—¡El timbre de alarma!—exclamaron, poniéndose de pie los estudiantes.

—Tenemos la policía a la puerta—añadió Iwan Iwanowich.—¡Huid!

Iwan, con rapidísima ojeada, abarcó la mesa, y tomando un cuaderno allí dejado por sus amigos en la precipitación de la fuga, metiéndolo en una de las bocamangas de su traje y abrió la puerta.

Tres agentes de la policía precipitáronse en la habitación.—Vosotros a registrar aquí hasta las telarañas.—Yo me llevo a éste. Andando, amigo.

Iwan bajó delante del agente, que aun empuñaba el revólver. Llegaron a la calle; la noche era oscura, y de la intensidad del frío podía juzgarse al ver de trecho en trecho las humeantes hogueras encendidas para que no se helasen los guardianes nocturnos. El agente miró a uno y otro lado como buscando a alguien, y entonces Iwan, con indecible rapidez, sacudió un brazo y dejó caer en la hoguera los papeles que llevaba ocultos. Viólos caer su acompañante y, abalanzóse a la hoguera para sacarlos de entre las llamas. En tal instante, Iwan, con arrojo, echóse sobre el contrario, pudo arrancarle el revólver, y alzándolo hasta su propia sien, dijo con serenidad:—Antes que volver a Siberia..

Una detonación cortó la frase, y el cuerpo de Iwan Iwanowich quedó tendido e inmóvil sobre la nieve.

Al Norte de Polonia está Lituania. Sus fértiles campos, la salubridad de sus montes y los recuerdos de otra edad que evocan ruinas, hacen de aquella región, que fecunda el Niemen, una de las más interesantes y pintorescas. Toda empresa patriótica ha sido allí secundada con heroísmo; aun murmuran libertad, libertad! los ecos de las selvas seculares, entre cuyas frondas juraron vencer o morir por la patria legiones de adolescentes que allí sucumbieron.

Entre Grodno y Vilno, las dos austeras villas medioevales que ven a lo lejos las plácidas llanuras del Berezina, y que atesoran sepulcros de santos y de monarcas; al borde de una selva que declina mansamente hasta tocar los praderios en los que el deshuelo forma lagos incomparables que bordean las humildes miosotis y coronan los nenúfares soberbios, sobresalía entre las cabañas de la aldea, una más cuidada y más alegre que las otras. Extendíase ante su puerta un jardincito en el que crecían rosales, pensamientos, las níveas y olorosisimas *Convallias* y le daban sombra y frescura algunos árboles. Poníase la tarde de un ardoroso día canicular. En el banco de madera que resguardaban del sol dos frondosos castaños, veíanse a una joven y a una anciana; ante ellas, sentados en tierra, había hasta doce muchachos vestidos pobremente a la usanza del país.

La joven cerró el libro que tenía en las manos y dijo con acento dulce:

—Por hoy se ha terminado la lección; ahora a merendar.

Y volviéndose a la anciana que había tomado del suelo un cestito de juncos, añadió:

—¿Quiere usted hacerme el favor de repartir a los niños su merienda?

—Sí, Mara mía.

Alargaron sus manos los chicos, y la señora entregó a cada uno un trozo de pan y frambuesas.

Mara había cambiado muchísimo; sus facciones correctas, afilábanse como talladas en marfil. Sus cabellos siempre de precioso color rubio, pero menos abundantes ahora, descendían en ondas lacias a uno y otro lado de su frente.

A la belleza plástica y juvenil de aquella criatura, había sustituido otra de un género ideal e indescriptible, que no era exterior, sino que del interior venía, con el mirar apagado y melancólico, con la sonrisa valerosa de un sufrimiento hondo y callado. Hermosura inmaterial y sublime que proyecta el alma sobre la materia, próxima a caer en la tumba sin pecado y sin miedo.

Mara, con débil voz, preguntó a la señora:

—Dígame usted, doña María, ¿ha vuelto la mujer de Wenceslao?

—Sí, hija; ha venido hoy llorando como una Magdalena. Figúrate que su marido ha vuelto a pegarla, la arrojó de la choza y ha vendido los aperos de la branza y todo el ajuar. Hoy no tenía la pobre un bocado de pan para su hijo.

—¡Infeliz!—murmuró la joven incorporándose;—que venga y vivirá con nosotros, que venga en seguida. ¿Vamos a buscarla?

—Tú quédate, andar te cansa; yo iré en busca de ella.

Alejóse doña María; volvió Mara a inclinar la cabeza, y hablando consigo misma, siguió:

—¡Qué infernal martirio sufrirá la mujer contra la cual vuélvese amenazadora y pronta a herir, la mano en la que depositó, confiada y amante, las suyas! ¡Tener que despreciar o aborrecer al hombre que se estima y se ama! ¡Hallarlo indigno de sí! ¡Oh! ¡Señor, gracias por haber puesto en mi camino al hombre que amé, que amo y admiro siempre!

En la diáfana serenidad de la tarde vibró pausado y melancólico el *Angelus*. Mara cruzó las manos sobre el pecho, y a través de los frondosos árboles, los rayos del sol que se apagaba descendían sobre su cabeza, colocando un nimbo de luz en sus sienes.

Sofía Casanova

Dolor de cabeza

neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

MUEBLES

de lujo y económicos. Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

FARMACIA

de la Viuda de G. LÓPEZ

Plaza de Isabel II, 1.-Madrid

Camisería Roldruejo

Novedades en corbatas, cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.—Medias y calcetines.—Géneros de punto.—Pañuelos de seda y algodón.—Canastillos y equipos.

R. Martínez Roldruejo

Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
M A D R I D

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRICO

Perfuma el aliento.

Alcoholera. — Carmen, 10.



El mejor tónico y nutritivo



¡EUREKA!

ES EL MEJOR
CALZADO

Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

Cabello hermoso.

El cabello completa la fisonomía de las personas; si varía su cantidad, su color o su forma, cambia también el aspecto del individuo, y una mujer hermosa o un hombre viril no se conciben sin el cabello abundante y lustroso. Estas cualidades se consiguen con el uso del agua **La Flor de Oro**, que se vende en las perfumerías y droguerías.

PRENSA POPULAR

ha puesto también a la venta las célebres obras de

LINARES RIVAS

La garra. - Fantasma. - La espuma del champagne. - El abolengo. - María Victoria. - La raza. - Aire de fuera. - Como hormigas... - La fuerza del mal...
En cuarto creciente.

Precio: 3 pesetas.

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, MADRID, CALVO ASENSIO, 3

2020

-UEI
-NC
-PI
-GI



SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS POPULARÍSIMAS REVISTAS

	Madrid y Provincias.	Extranjero.
La Novela Corta	7,50	10,00
La Novela Teatral	9,00	12,00
La Novela Corta y La Novela Teatral ...	15,00	20,00

(Suscripción combinada.)

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498.